

29. LA IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN FAMILIAR PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA PERSONA

M^a Victoria Pérez de Guzmán Puya

La familia sigue siendo la fuente primera y principal de nuestra personalidad y de nuestra educación, el lugar en el que recibimos ese "pan de cariño" que nos va haciendo crecer y vivir.

Manuel Maduero

Ferrer Juliá (1998) indica que sintetizando aquellos aspectos que más pueden incidir en la atención en el período de la infancia podríamos señalar: el modelo de familia, el tiempo libre de los padres, el mercado de trabajo, la tasa de natalidad, el nivel de formación de los padres y los roles sexuales de los padres. Nosotros nos centraremos en el primer agente educador que influye en nosotros directamente antes y después de nuestro nacimiento: la familia, eje vertebrador de todos los demás elementos señalados por Ferrer.

Es importante que nos paremos a reflexionar de qué forma influye la familia en la formación de nuestra personalidad. Qué agentes están marcando y moldeando nuestra forma de ser, estar y actuar.

No vamos a entrar en el dilema de qué entendemos por familia, puesto que si estamos dispuesto a llamar familia a todas las uniones, ninguna definición ya sea

desde un punto antropológico, jurídico, biológico, sociológico, psicológico o pedagógico, de las que podamos encontrarnos, abarcaría todos los casos concretos que existen en la realidad. Lo que sí es cierto es que no conocemos sociedad sin estructuras familiares. Y podemos afirmar que la familia:

- Es la más universal de las instituciones sociales, unidad básica de la sociedad y fuente de las más poderosas influencias en las que está expuesto el individuo en todas las sociedades.
- Escenario donde se construyen personas adultas con una determinada autoestima y un sentido de sí mismo, y que experimentan un cierto nivel de bienestar psicológico en la vida cotidiana.
- Escenario de preparación donde se aprende a afrontar retos, así como a asumir responsabilidades y compromisos que orientan a los adultos hacia una dimensión productiva.
- Escenario de encuentro intergeneracional donde los adultos amplían su horizonte vital formulando un puente hacia el pasado (abuelos) y hacia el futuro (hijos). Los efectos y valores rigen la vida de los miembros y son guía para sus comportamientos y acciones.
- Red de apoyo social para las diversas transiciones vitales que han de realizar el adulto: búsqueda de empleo, vivienda, relaciones sociales, etc.

La familia influye en la formación de la personalidad del individuo y en su adaptación a la sociedad que le rodea desde el momento en que contribuye a la educación de cada uno de sus miembros. Se le atribuye ser agente de socialización primaria, de decisión sobre cuestiones educativas y de acompañamiento al sistema educativo. Aunque la modernización y los cambios a los que hemos estado sometidos en las últimas décadas, ha promovido modificaciones en las características básicas de la socialización primaria que tiene lugar en su seno. (Escamez, 1996).

Aún así, su bondad intrínseca como célula base del entramado social, sus efectos preventivos y paliativos de problemas sociales de extrema gravedad o su contribución al relevo generacional, son algunas de sus grandes características. En su esencia se producen los principales aprendizajes cognoscitivos y emocionales, mecanismos que nos ayudan a conocer el entorno inmediato. Tarea que va mucho más allá de la transmisión de aptitudes y actitudes, donde se ponen en juego una serie de hábitos y reglas de comportamiento que serán punto de apoyo para el posterior desenvolvimiento del sujeto en la sociedad. Es un aprendizaje sobre el que recae el desarrollo de la confianza en sí mismo y la integración en su propia comunidad (Pérez Díaz y otros, 1998).

Dentro del entramado familiar, existen diferentes figuras o roles que influyen de manera particular en el resto de los miembros, principalmente en los de menor edad.

Los padres, principal aparato educador, se sienten comprometidos en el desarrollo educativo de los hijos, tal y como lo demuestran los datos empíricos (De Miguel, 1994; Fundación Encuentro, 1998, INCE, 1998).

La función socializadora familiar va mucho más allá de la mera transmisión de valores y normas de una manera intencional y explícita. Es en su seno donde el/la niño/a vive un clima afectivo de interrelaciones personales que le ayudan a ir haciéndose su propia representación del mundo que le rodea, a ir conociendo las expectativas y demandas sociales.

En definitiva, y siguiendo a Oliver e Otero (1990) en la familia se prepara para:

- Una sociedad de personas: pluralidad de seres humanos. Donde autoridad y organización favorecen las relaciones interpersonales.
- Una sociedad educativa: que es el clima o hábitat adecuado para crecer en sociedad. Es la sensibilización de lo que es una verdadera educación promotora de valores auténticos y constructivos.

A estas apreciaciones podemos sumar que las relaciones sociales, los vínculos formados con algunos de los miembros, constituyen la mejor garantía de continuidad y el vehículo a través del cual se produce no sólo la socialización de los individuos, sino también su propia estimulación intelectual (Vega, 1999).

Como señala Juan Pablo II (Familiaris Consortio, 1994:387): *Las familias deben crecer en la conciencia de ser protagonistas de la llamada política familiar, y asumirse la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia.*

Como hemos señalado, percibimos diferentes agentes dentro del seno familiar, que sustentan diferentes roles. Existen unos influjos no sólo en la relación padres-hijos y viceversa, sino también en la relación horizontal entre hermanos y personas vinculadas por razones de parentesco (abuelos, primos, tíos...), socio-culturales o laborales en una convivencia intrafamiliar. Actualmente, cada vez es mayor el papel que están manteniendo los abuelos en la educación de los nietos, debido a que tanto la madre como el padre trabajan fuera del hogar.

Por otro lado, las experiencias vividas en el hogar fomentan o no la actividad de los hijos para la convivencia dependiendo de (Castillo, 1992): el carácter global del hogar, las conductas que los hijos observan en casa, el valor que los padres conceden a sus hijos de que sean sociables y tengan amigos y la participación en la vida familia.

La relación personal y directa con los padres es el mejor punto de apoyo y seguridad para los hijos. Una relación familiar forjada en la comunicación continua es la base de la libertad personal. Como indica Groothoff (1964: 101): *La relación padres-*

hijos es irreversible, y en esto se distingue de las relaciones sociales en general. Los padres han de existir para sus hijos, y éstos para aquellos (...) Esta irreversible relación entre padres e hijos es la fuente de la hominización. Se experimenta el amor y se aprende en el amor, se es objeto de responsabilidad y así se aprende.

Watson, teórico conductista, afirmó en una ocasión que dependiendo de cómo se comporten con el niño en los primeros años de su vida, podrá convertirse en un tipo u otro de persona, lo que supondrá, en última instancia, que el niño tiene una mente en la que padres y educadores graban los rasgos que deseen. Esto nos lleva a pensar, como diríamos vulgarmente, que "los niños son como esponjas".

Existe una tendencia por parte de los adultos a utilizar refuerzos verbales o de naturaleza represiva o premios, para poder conducir el comportamiento del niño/a. Ante esto, los estudios indican que cuanto menos instrucción deliberada den los adultos y cuanto más vivan conforme a sus propios valores (ser ejemplo de lo que se predica), tanto más efectiva será la influencia sobre las generaciones jóvenes. Esta consideración es válida para cualquier situación educativa, y de un modo especial para el medio familiar.

Como señala Bettelheim (1988), es muy diferente el comportamiento disciplinar dependiendo de las diversas culturas. Así, la madre japonesa provoca un proceso de reflexión en el niño, mientras que la madre occidental suele acudir a órdenes directas. A estos niños se les dice lo que deben hacer, mientras que a los japoneses se les alienta a considerar los sentimientos de los demás y a pensar en lo que se hace, en lugar de sólo recibir órdenes.

Para que los padres realicen un autoexamen sobre si desarrollan en sus hijos hábitos de convivencia y actitudes de amistad, Castillo (1992: 80-81) propone seis aspectos a tener en cuenta:

1. Distanciamiento o relaciones amistosas entre los miembros de la familia.
2. Control autoritario o clima de participación.
3. Individualismo o cooperación en el trabajo y en el ocio.
4. Penalización o gratificación de las conductas sociales de los hijos.
5. Casa cerrada o casa abierta a los amigos de los hijos.
6. Padres sin amigos o padres con amigos.

Sabemos que en la educación familiar los padres suelen repetir los comportamientos que han vivido en la infancia. El comportamiento de los mayores, de padres, hermanos, abuelos, etc. son ejemplos de aprendizajes, de modos de resolver conflictos y de toma de decisiones. Aunque no está muy estudiado, sí podemos afirmar que se han dado casos en que los padres que maltratan a sus hijos han sido habitualmente

maltratados por sus padres. También se ha confirmado que los jóvenes que están relacionados con conductas despóticas, están asociados con familias en las que la indiferencia, la intransigencia y la fuerza prevalecen por encima de la atención recíproca, la tolerancia y el diálogo.

Un estudio realizado por Van Gils (1991) con niños entre 6 y 11 años, refleja un gran entusiasmo hacia la célula familiar y, especialmente hacia los padres. Aunque realizaron bastantes críticas respecto a: (1) la ausencia de los padres por motivos de su situación profesional, (2) los hermanos y hermanas son estupendos, pero tienen muchas peleas con ellos y (3) los animales domésticos forman parte de la familia, incluso en mayor medida que los abuelos.

Cooper y otros (1983) han estudiado las interacciones en la familia basadas en las percepciones de los hijos de la proximidad entre padres y hermanos, y desde la percepción del niño, según su nivel de cohesión, establece cinco categorías: (1) familias con gran cohesión de padres, (2) familias en la que se percibe cohesión respecto a un solo padre, (3) familias en las que los hijos se sienten aislados del resto de los miembros de la familia, (4) familia donde los niños perciben división entre sus padres y (5) familia de coalición, donde los hijos perciben alguna división familiar.

Otro estudio, realizado por Musitu, Gutiérrez y Román (1996) indica que en aquellas familias donde trabajan los dos padres y los hijos permanecen aislados en las relaciones parentales, facilita la aparición de trastornos emocionales y dificultades de adaptación escolar y bajo rendimiento en tareas que implican atención.

Es importante que los padres reflexionen sobre la importancia de crear una buena relación con los hijos, que permita una conexión consistente, que no se resquebraje por cualquier suceso diario. Esta unión y relación debe venir caracterizada por:

- La utilización del tiempo que se tiene en realizar actividades compartidas.
- La existencia menor de abandono, menores conductas de evitación y pocas conductas de rechazo.
- Que se dé una promoción mayor de interacciones cálidas y menor de interacciones hostiles o críticas entre los miembros.
- Que cada miembro opine que los demás tienen una opinión de sí mismo favorable.
- Que exista un nivel alto de afecto percibido entre los miembros.
- Mayor satisfacción, así como un elevado optimismo respecto al futuro y a la estabilidad del grupo familiar.
- Que se generen una serie de relaciones interpersonales que se basen en el compromiso, habiendo una implicación emocional por parte de todos.

- Proporcionar muestras de afecto incondicional y atreverse a proponer criterios y a razonarlos.
- Creación de un buen clima familiar, que haga sentir a los padres que tienen cualidades para poder educar a los hijos, y a su vez éstos lo sientan y perciban.

Un estudio realizado sobre "educación y problemática infantil" (1990) muestra que es importante hacer lo que dicen los padres. Juicio que va matizándose con la edad. Un 92% de la población estudiada están de acuerdo. Otros resultados de la investigación que muestran la importancia de la familia son:

- El 92% afirma que puede confiar en la familia.
- El 88% que si le van mal las cosas, tiene el apoyo de la familia.
- 4 de cada 5 niños, afirma recurrir a sus padres cuando tiene problemas.
- Un 96% afirman que sus padres les tratan bien.

Los más jóvenes dicen sentirse seguros y confiados en el hogar familiar. Un hogar democratizado, plataforma de serenidad y comodidad (De Miguel, 1994; Ministerio de Asuntos Sociales, 1993; Toharia, 1989; Fundación Santa María, 1994).

La gran relevancia que se concede a los hijos en la población española viene reflejada en el estudio realizado por el CIS (1993), donde el 60% y el 70% de la muestra, sin diferencia acusada por razón de sexo, están bastante de acuerdo con que:

- El único sitio en el que se puede ser completamente feliz es en casa con los hijos (60.6%)
- Los hijos son la relación más estrecha que se puede tener (60.1%)
- Les gusta estar siempre con los hijos (68.9%)
- Una persona puede estar satisfecha con su vida cuando ha demostrado ser un buen padre o madre (68.1%)

Aunque existe una percepción bastante positiva en la relación familiar, principalmente la de padres e hijos, no podemos olvidarnos de la aparición constante de conflictos generacionales. Siguiendo a García de Dios (1999) los conflictos típicos y casi tópicos en la relación padres-hijos son: Los horarios de salidas y movidas; La ropa y el aspecto con el que andan y se presentan; El reparto de las tareas domésticas; El escaquearse de las tareas difíciles; Notas, amigos, relaciones; Las adiciones a drogas, anorexias, ludopatía; Los testamentos y las herencias; Las crisis en la pareja y sus consecuencias. A lo que tenemos que sumar que muchas de las nuevas estructuras familiares llevan el conflicto a su propia realidad (nuevas parejas, nuevos hermanos, nuevos usos...).

Se habla hoy más que nunca de que otra de las características de las familias de la última década es la quiebra de la autoridad de los padres. Las reticencias lógicas de la juventud llegan al extremo de ignorar la autoridad. Todo lo que es ajeno al capricho

de cada uno se tiene por atentado a la libertad. Ante esta actitud, debemos pensar que una familia sin estructura de autoridad, basada en la disciplina y el sentido común, es el principio de la anarquía y el caos social porque si las disposiciones de los propios no conservan la fuerza moral para vincular la conducta, mucho menos las de los extraños.

La quiebra de la autoridad y la falta de respeto tienen un punto de partida, la intrusión del egoísmo y la falta de amor en la familia; y un triste punto de llegada, el abandono de los padres en los asilos sin reparar si era posible y conveniente la convivencia.

Todos los datos aportados, muestran la importancia de la educación familiar para la formación de la personalidad del individuo. Por ello, a promoción de una sociedad más humana debe venir desde la familia. Grandes organismos como la UNESCO, que declaró el año 1994 "Año Internacional de la Familia", así como la legislación de nuestro país: la Constitución Española y la LOGSE (Ley de Ordenación General del Sistema Educativo), han apoyado esta idea. Aunque a nadie le debe extrañar que tan poderosas superestructuras analicen la familia como célula de la sociedad, más va siendo hora de que nosotros, que hemos nacido en un seno familiar, nos preguntemos por la "salud" de nuestra institución natural y por la acción que ejercemos sobre ella.

Hoy parece que ya no suena bien lo de la fidelidad en el matrimonio, la responsabilidad hacia los hijos, la lealtad y el amor conyugal, porque "priva" el contrato mientras dura el amor. La familia se convierte en un incómodo competidor, una estructura social inconveniente a ciertas fuerzas financieras, monopolios de la comunicación y políticos ambiciosos para sus designios de homologar valores, creencias, hábitos de vida y de consumo. Porque, en definitiva, la familia es el yunque donde se forja el espíritu de la raza humana.

Con los ataques a la familia, además de las consecuencias directas, se hace peligrar la paz de la sociedad porque se está vaciando el ámbito primero y habitual de la sociabilidad humana y cegando el canal de transmisión de los valores que caen sobre el fondo del corazón humano.

Sin educación en la familia, el único objetivo de cada uno es uno mismo. La corrupción es el primer paso y cuando surja el mínimo obstáculo, el segundo paso será el ejercicio de la violencia. Aunque no existe un solo modo de educar; puesto que, cada familia debe encontrar su propio estilo educativo. Cada una puede mejorar su funcionamiento y es capaz de vislumbrar nuevos modos de educar con mayor eficacia. Sin olvidar que los estilos se fundamentan en la sensibilidad de los padres hacia las necesidades de los hijos y los tipos de disciplinas y de estrategias de control que utilizan. Por ello, debemos tomar conciencia de lo que supone nuestra familia como institución educativa de nuestra persona.

BIBLIOGRAFÍA.

- BETTELHEIM, B. (1988): *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Crítica.
- CASTILLO, G. (1992) *La educación de la amistad en la familia*. Pamplona: Eunsa.
- CIS (1993): *Población y familia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- COOPER, J.E. y otros (1983): "Self Esteem and Family Cohesión: The Child's Perspective and Adjustment", en *Jour of Marriage and the Fam*, febrero, pp. 153-158.
- DE MIGUEL, A. (1994): *La sociedad española 93-94*. Madrid: Alianza.
- ESCAMEZ, J. (1996): *Acción educativa y comunicación social*. Valencia: Rirant Io Blanch.
- FERRER JULIÁ, F. (1998) *La educación infantil en la Unión Europea: realidades y prospectiva*. Sevilla: Universidad Sevilla.
- FUNDACIÓN ENCUENTRO (1998): *Informe España 1997*. Madrid: CECS.
- INSTITUTO NACIONAL DE CALIDAD Y EVALUACIÓN (1998): *Familia y escuela. Diagnóstico del Sistema Educativo. La escuela secundaria obligatoria*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.
- PÉREZ DÍAZ, V. y otros (1998): *Familia y sistema de bienestar*. Madrid: Fundación Aragentaria. Visor Dis.
- SÁNCHEZ GARCÍA, E. (1990): *Ambiente familiar, conducta y rendimiento escolar*. Salamanca: Diputación.
- VEGA, J.L. (1999): "Relaciones intergeneracionales: ¿reliquias del pasado?", en *II Congreso Internacional de la Familia: La familia*. Encrucijada de Caminos. 11-13 marzo. Santiago de Compostela: Grafinova, pp. 147-152.